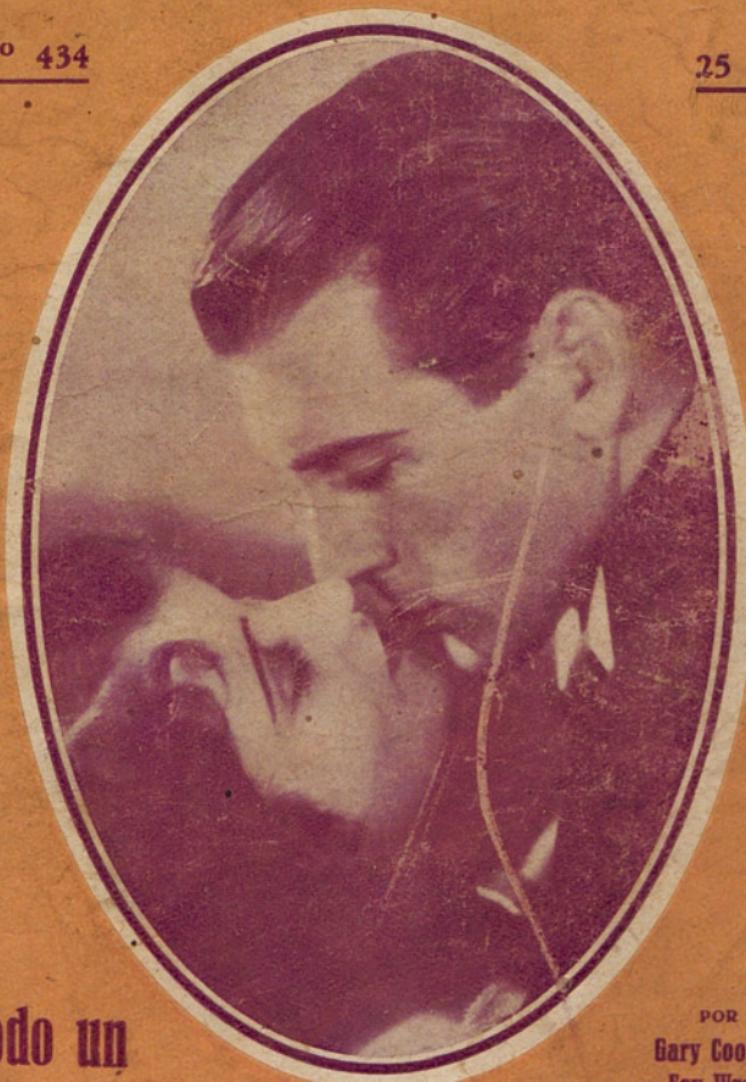


LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRÁFICA

N.º 434

25 CTS.



Todo un
hombre

POR
Gary Cooper
Fay Wray
etc.

**LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRÁFICA**
EDICIONES BISTAGNE

REDACCIÓN | Pasaje de la Paz, 10 bis
ADMINISTRACIÓN | TELÉFONO 18551

Año VIII BARCELONA N.º 434

Todo un hombre

Producción dramática

Interpretada por

GARY COOPER y FAY WRAY



Es un film **PARAMOUNT**

Distribuído por

PARAMOUNT FILMS, S. A.

Paseo de Gracia, 91

Barcelona

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
RUTH CHATTERTON

Todo un hombre

ARGUMENTO DE LA PELICULA

En la histórica costa de Maryland, acariciada por las aguas de la bahía de Chesapeake, se levanta la aldea de San Miguel, habitada por algunos centenares de pacíficos y laboriosos pescadores de ostras.

La antigua casa de los Talbot, medio derruida por la incuria y la acción del tiempo, servía aún de albergue a los míseros descendientes de aquéllos.

Manuel Talbot, pescador de ostras, se vanagloriaba de ser legítimo descendiente de los Talbot, que dieron su nombre a un condado de Maryland.

El viejo Manuel era un borracho perdido. Durante las navegaciones se embriagaba de modo lamentable, volviendo a tierra hecho una cuba y sostenido a duras penas por sus hijos. El fatídico vicio trastornaba por completo su imaginación.

Era viudo y vivía con sus cuatro hijos varo-

nes. Mulligan, el segundo de los muchachos, era el único que sentía verdadero amor al trabajo. A los demás se les hacía muy cuesta arriba el tener que ganarse el pan.

Con excepción de Mulligan, que tenía gran devoción por su profesión de pescador de ostras, los otros hermanos aborrecían el oficio, sin que sintieran tampoco el menor interés por cualquier otra profesión. Preferían la bebida y el juego... Y pasaban los años de su juventud sin la energía de la actividad.

Mulligan deseaba que sus hermanos estudiaseen en la Universidad. Pero como carecía de dinero para poder sostener los estudios, había de esperar a que el abuelo, que vivía en la ciudad, se dignase enviarles fondos.

Una tarde, Mulligan escribía como de costumbre al abuelo, insistiendo en su pretensión.

Guillermo, el hermano mayor, le dijo:

—Hace cinco años que le escribes y jamás se ha dignado contestar una carta. ¿De qué sirve seguir mendigando?

—¡Ah, hijos míos!—dijo el padre, dejando de apurar un vaso de vino tinto—. Vosotros sabéis que he hecho cuanto he podido para daros una educación digna de los Talbot de Maryland... pero la mala suerte siempre me ha perseguido... y carecemos de dinero para dedicarlo a estudios...

—El abuelo es rico... Bien podría ayudarnos —exclamó Mulligan.

—Si tu madre no se hubiese enemistado con tu abuelo y no te hubiese puesto Mulligan por despecho, no nos pasaría lo que nos está pasando.

—En fin... enviaremos la carta y sea lo que Dios quiera.

Y mandaron el escrito, que debía sufrir la misma suerte que todos los anteriores. Qedar sin contestación.

Al día siguiente, Mulligan se encontró en la playa con Ana Lee, una elegante y hermosa muchacha que vivía con su padre en una finca del mismo pueblo. Eran gente rica, distinguida, aunque sencilla en el comportarse.

—¿Cómo está usted, señorita? —le dijo Mulligan, con el respeto que le inspiraba Ana, a quien él había conocido de pequeña y veía ahora convertida en una bella criatura juvenil.

—Bien... muchas gracias... Pero ¿por qué no me llamas Ana Lee, como antes, Mulligan? ¿Acaso te llamo yo señor Talbot?

—¡Es verdad!... ¡Qué tonto soy!

Se contemplaban dulcemente, con cierta timidez, sintiéndose sus almas atraídas por el amor, pero temerosas de la distancia social que les separaba. Ella era una muchacha rica; él un pobre pescador de ostras.

De pronto interrumpió el mudo idilio la presencia de Guillermo Talbot.

Con rostro contristado y la expresión abatida, exclamó:

—¡Ven... ven!... ¡Papá ha muerto, Mulligan!

—¿Qué dices?

Despidiéndose rápidamente de Ana, corrió a su casa y pudo ver con sus propios ojos la amarga realidad.

Caído en tierra, teniendo cerca los restos de una botella de vino, estaba el padre con los ojos eternamente inmóviles de la muerte.

Los cuatro hijos le contemplaban con profunda pena, teniendo que limpiarse a veces bruscamente las lágrimas.

¡Pobre viejo!

Había sido un incorregible borracho... pero daba a sus hijos tanto amor... ¡Pobre papá!



... estaba el padre con los ojos eternamente inmóviles de la muerte.

Y levantándolo amorosamente, lo pusieron sobre la cama y lo estuvieron velando los cuatro muchachos, sin querer apartarse un momento de él, deseando vivir aquellas últimas horas de compañía.

* * *

Algunos días más tarde, Mulligan paseaba por las cercanías del jardín de Ana Lee.

La muchacha, que estaba jugando con unos perritos, salió al encuentro del mozo.



—Papá es muy aficionado a los perros...

—Te acompañó en el sentimiento, Mulligan.

—Gracias, amiguita...

Luego, acariciando el negro perro que ella tenía entre las manos, dijo:

—¡Qué hermoso es!

—¡Mucho! Papá es muy aficionado a los perros, pero no le gustan más que los de pura raza.

Estuvieron paseando un rato. La tarde convocaba al reposo. Mulligan se sentía triste y ansioso de comunicar a alguien sus deseos románticos y sus ansias de triunfo.

Poco a poco la conversación dejó de ser triste y no volvieron a acordarse del muerto.

Y hablaron de la primavera que comenzaba a sonreír sobre la naturaleza engalanada, y del mar y de la vida...

Y de pronto, Mulligan, sin poder contenerse, se detuvo y mirando muy profundamente los ojos de su amiga, le dijo:

—Quisiera decirte una cosa, Ana...

—¿El qué?

—Me da una vergüenza... Sin embargo, la siento aquí, en el corazón, hace mucho tiempo... Quisiera decirte que te quiero.

—¿Tú?

—Sí, te amo!

Y con energético impulso estrechó entre sus brazos a Ana y depositó en sus hermosos labios un fuerte beso de imperio, un beso dominador, agresivo.

Ana sentía una especial simpatía por Mulligan, una simpatía que no era más que el velo que ocultaba el amor, pero aquel beso, aquel intento de tomar por la fuerza lo que no pertenecía a Mulligan, la indignó de tal modo, que desprendióse rápidamente de sus brazos y abofeteó el rostro del joven pescador.

—¡Atrevido! ¡Ordinario!—gritó.

—Pero... Ana... yo...—dijo, desconcertado,

—Así es como os llama mi papá ¡Gente ordinaria!... ¡Eso... eso!...

Y llorando regresó a su casa, mientras repe-

tía por el camino su estrofa humillante y dura:
—¡Gente ordinaria! ¡Gente ordinaria!

Mulligan, indignado contra sí mismo por su atrevimiento, caminó a la ventura, sintiendo que le martilleaba los oídos aquella frase que su tía acababa de lanzar.

—Ah, pues no! Era preciso que los Talbot vol-



—¡Atrevido! ¡Ordinario!

vieran a ser, como en otro tiempo, las primeras gentes de San Miguel.

Sus pasos le llevaron al cementerio, comenzando a pasear por entre las tumbas y viendo las inscripciones de los sepulcros de sus antepasados. En todos había una frase laudatoria, unas palabras que recordaban los servicios prestados en vida por el difunto. Al llegar ante la

tumba de su padre, leyó sencillamente el nombre de éste, sin que ningún objetivo pusiera su nota de vanidad.

—¿Qué iban a poner a un hombre borracho, que murió de vino y contribuyó a que se desmoronara casi por completo la casa de los Talbot?

Desolado por la descendente curva de su familia, volvió Mulligan a su casa.

Encontró a sus hermanos jugando a los naipes en una vergonzosa indolencia de vagos.

—¿Os parece bien lo que estáis haciendo?—les gritó.

—Nosotros...

—¡Basta! De hoy en adelante aquí se hará mi voluntad... ¡Ahora yo soy el amo!

De un manotazo echó al suelo las cartas y rompió unas botellas de vino que esperaban ser agotadas.

—¡Esta noche no hay cena!—gritó obligándoles a levantarse—. ¡Vendréis los tres conmigo!

—¿Y con qué derecho?—dijo Guillermo.

—¡No discutas! ¡Con éste!

Un puñetazo se incrustó en las narices del hermano mayor.

Otro hermano quiso protestar y de nuevo una rociada de golpes le obligó a guardar silencio. El más pequeño no chistó, y acabaron obedeciendo todos, con el poder que ejerce siempre la autoridad bien dirigida.

Les echó rudamente de la casa, obligándoles a que le siguieran al cementerio, tétrico en la dolorosa noche.

Llegaron ante la tumba del padre... Los tres

hermanos miraban, extrañados, a Mulligan. ¿Se había vuelto loco?

—Os he traído aquí para que veáis a lo que hemos venido a parar los Talbot.

Y les señaló la tumba del padre, huérfana de toda inscripción, y luego la de los otros ascendientes con lápidas laudatorias.



—De hoy en adelante, aquí se hará mi voluntad...

—Desde hoy cambiaremos todos de vida... Hay que abrirse un hueco importante en el mundo... No quiero que seamos más gente ordinaria... Los tres tendréis una profesión, lo mismo que la tuvieron los Talbot... ¿Qué quieres ser tú, Erza? —dijo al hermano menor—. ¿Médico, abogado o clérigo?

—¡Médico de caballos! —contestó el chico con desfachatez.

—¡Serás médico de personas!

Y a puñetazos le arrojó al suelo, dándole una buena paliza.

—¡Contesta! ¿Serás o no médico de personas?

El otro, humillado por los golpes, cedió...

—Bueno... seré médico de personas.

Mulligan zarandéó luego rudamente a Carroll, el otro hermano.

—¡Y tú tienes que ser abogado o clérigo!

—¡Abogado! —contestó, temblando.

—¡Ajajá!

Guillermo, el mayor, era el más díscolo. Acercóse a Mulligan y le dijo burlonamente:

—¿Qué profesión quieres darme a mí?

—La profesión que siempre has tenido: la de borracho perdió.

—¡Imbécil!

Lanzáronse uno contra otro en feroz lucha, y los dos cayeron rodando por el suelo, hasta que Mulligan consiguió abatir bajo su peso a su hermano.

—¡Contesta ahora! —le gritó—. ¿Qué quieres ser, un borracho o un clérigo?

—Nada... nada.

Mulligan le apretó la garganta.

—Por última vez: ¿borracho o clérigo?

—¡Clérigo! —acabó por suspirar.

—Y bueno que lo serás... ¡Te lo aseguro! Le dejó libre... y Guillermo levantóse penosamente.

Los tres hermanos, tratados tan duramente, se

miraron con extrañeza... ¡Dios! ¿Qué valor tenía aquél hombre que así les trataba?

Mulligan sacóse unos billetes, los últimos que le quedaban, y los fué entregando a sus hermanos.

—Carroll, ve a cenar y después irás a preguntarle al juez Byrne qué hay que hacer para ser abogado.

Carroll le estrechó la mano.

—Y tú, Erza, ve a ver al señor Roberts para que te explique lo que se necesita para ser médico... Y tú, ve a ver al pastor.

Los tres hermanos se sentían humillados. En el fondo era buenos muchachos, y comprendiendo la razón que le sobraba a Mulligan, le estrecharon ahora la mano, espontáneamente.

—¿Quién dice que no me has hecho un favor, hermano?—exclamó Guillermo—. ¡Quién sabe si estaba llamado a ser un buen clérigo!

—Pero tú—le dijo Carroll—, ¿qué serás, Mulligan? ¿Y de dónde sacarás el dinero para pagar nuestros estudios?

Mulligan meditó unos instantes y luego dijo:

—No lo sé aún, pero yo cumpliré mis promesas... El abuelo me dará el dinero para vuestros estudios.

Y los cuatro hermanos, estrechamente cogidos del brazo, salieron del cementerio, después de rezar una oración por el alma de su padre.

* * *

Al otro día, Mulligan vió a Ana en las cercanías del puerto. El joven quiso esquivar el encuentro, pero Ana, sin mezcla de rencor, avanzó hacia él y le tendió la mano.

—Me arrepiento de lo que te dije ayer... Fué sin ánimo de ofenderte... ¡Me perdonas, Mulligan?

—¡Con toda mi alma! —dijo el enamorado, para quien Ana era lo primero del mundo.

Y olvidando el incidente del día anterior, rieron felices, joviales, aunque sin aludir para nada a los anhelos de sus corazones.

Ella se sentó en el brocal de un pequeño pozo y al hacer un brusco movimiento su sombrero cayó al fondo.

Inmediatamente Mulligan se descolgó en su interior, reapareciendo poco después con el ancho sombrero de fieltro.

—¡Gracias, Mulligan!

El tuvo el sombrero entre las manos y luego dijo riendo:

—¿No quieres dármelo para gallardete de mi barco?

—Bueno... sí... sí...

—Hoy es noche de luna y saldré a la vela... ¿Quieres acompañarme?

—¡Qué alegría!... Me da mucha ilusión eso, Mulligan. Pero volveremos pronto, ¿verdad?

—A la hora que tú quieras.

Se despidieron hasta la noche...

Después de cenar, Ana dijo a su padre, el severo señor Lee:

—Voy a dar una vuelta con unos amigos...
Volveré a casa temprano, papá.

—No tardes más allá de las once.

—No, papá.

Loca de alegría se dirigió al puerto, cogió una barquita y llegó al costado de la gran barchaza de Mulligan, trepando a cubierta por una escalera de cuerda.

En compañía de Mulligan recorrió la barca.

—Yo misma tenderé las velas, Mulligan—le dijo.

Y ayudada por su amigo realizó aquella operación y la barca comenzó a deslizarse por la mar serena y bañada de luna.

Estaban ya en alta mar cuando Ana le dijo, emocionada por la dulce visión de las aguas azules:

—Supongo que no querrás ser toda tu vida un pescador de ostras, ¿verdad, Mulligan?

—¡No!—replicó él con decisión—. Construiré un barco para ver el mundo.

—¿Tú?

—Lo construiré yo mismo... Quiero que sea un barco como los que vemos en sueños.

—¡Qué bonito!

—Visitaré todos los puertos y tomaré carga en cada uno de ellos; marfil en el África; sedas y te en la China, especias en Ceilán...

—¿No habrá piloto en tu barco de ensueño?

—¡Quién sabe!—repuso, severo, sin atreverse a volver a declarar aquella pasión de su alma.

Lo haría más adelante, mucho más, cuando nadie pudiera recriminar a los suyos como gente ordinaria.

Regresaron a más de media noche... El tiempo había volado sin que se diesen cuenta.

—No olvidaré nunca este paseo, Mulligan... ¿Cuándo volverás a llevarme en tu lancha?

—Tendrás que esperar, Ana. Mañana me haré a la vela para Virginia, donde visitaré a mi abuelo... Quiero pedirle dinero para la educación de mis hermanos.

—No tardes en volver.

Cuando la joven regresó a su casa encontró a su padre impacientísimo, pues el reloj señalaba cerca de las dos de la mañana.

—¿De dónde vienes a estas horas?

—Fuí en lancha a pasear.

—¿Con quién?

—Con Mulligan Talbot.

La indignación del señor Lee fué formidable.

—¿Tú, la hija de un Lee, atreverse a salir de noche con ese pillete de playa?

—Mulligan no es ningún pillete de playa, papá...

—¡Es hijo de un borracho!

—¡Oh, calla... calla! Mulligan es bueno y le amo...—protestó ella, confesando ante su padre el amor, el verdadero amor que le inspiraba el joven.

Y sin dar oídos a las palabras de indignación del viejo, se recogió en su cuarto a soñar... en el barco de los sueños... y en su capitán.

* * *

Al cabo de ocho días de viaje Mulligan llegó a su destino, completando la jornada más larga de su vida.

—¿Vive aquí mi abuelo Guillermo, Erza, Carroll Talbot?—preguntó a un negro que salió de un antiguo caserón.

—Hace más de dos años que murió, señor.

Entonces comprendió el muchacho por qué el viejo no contestaba a ninguna carta.

Apesadumbrado, tristecido, regresó a su pueblo... Y, sin embargo, era preciso buscar una solución al problema... Había que pagar los estudios de los tres hermanos, había que pagar el barco de los sueños... ser algo en el mundo, evitando el calificativo de gente ordinaria.

Ocho días después volvía a reunirse con sus hermanos, a quienes dijo, ocultando la verdad...

—Cumpliré mis promesas... No he podido ver aún al abuelo, pero estoy seguro de que me enviará dinero para vuestros estudios.

Pasó largo rato meditando sobre lo que tenía que hacer para buscar dinero, cosa indispensable. Una idea maligna se agarró a su imaginación. Sí, prescindiría de toda clase de escrúpulos y de consideraciones morales y obtendría lo que necesitaba.

Y aquella noche, sin decir nada a nadie, fué a su barca, se cubrió el rostro con un pañuelo negro, cogió un revólver y acercóse cautelosamente al costado de un buque mercante.

Subió a cubierta y entrando sigilosamente en el camarote del capitán, le amenazó con el revólver.

—¡Manos arriba!

El capitán, que se hallaba precisamente contando dinero, hizo lo que le mandaban.

—¡Necesito este dinero por unos días!—dijo.

—Se lo devolveré tan pronto pueda.

Y apoderándose de una buena cantidad de oro y billetes, desapareció protegido por la oscuridad nocturna.

El desvalijado capitán tocó la bocina de alarma, salieron marineros asomándose a la borda, pero las tinieblas de la noche impidieron alcanzar al audaz ladrón.

El robo quedaba envuelto en el misterio.

Mulligan volvió a su barca, cambió su ropa, y después de guardar prudentemente el dinero robado, volvió al puerto sin que para nada le remordiera la conciencia.

Al desembarcar encontró a Ana, que le miraba con cierta angustia.

—¡Mulligan, qué alegría encontrarte!—le dijo ella bondadosamente—. Hace muchas noches que te espero aquí mismo, temerosa de que algo malo te hubiera pasado.

—Pues nada de particular... Ya ves, estoy bien... contento.

En sus ojos resplandecía una alegría extraña.

—Me pareces otro, Mulligan. ¿Qué te ha pasado?

—Ana—dijo él, risueño—. ¿Recuerdas cuando tú me abofeteaste? Entonces quedaron tus palabras grabadas en mi alma. Gente ordinaria, me dijiste, y era verdad. Eramos gentuza, pero ya no lo seremos.

—¿Qué quieres decir?—contestó ella, tristecida porque le recordaba un incidente que hubiera querido olvidar.

—He conseguido el dinero para pagar el comienzo de los estudios de mis hermanos... Trabajaré por ellos hasta que hayan terminado sus estudios.

—¡Mulligan! ¡Perdóname!

Y fué ella esta vez quien le acarició... y ahora sus labios se unieron en dulce amor, sin una protesta.

—¿Me quieres?—exclamó él, entusiasmado.

—Sí... sí... pero yo no puedo esperar tantos años... Mulligan... y si tú me amaras de verdad tampoco esperarías. Llévame contigo ahora mismo... donde tú quieras.

—¡No!... Yo cumpliré mis promesas... Tendremos que esperar.

Y despidiéndose tiernamente de su amada, volvió a casa y dió cuenta a sus hermanos de que había recibido dinero del "abuelo".

El joven se encerró solo en un cuarto y abriendo una libreta, encabezó una cuenta con el epígrafe "Dinero entregado por mi abuelo", y escribió la cantidad de trescientos setenta y siete dólares, la suma robada al capitán.

Y al día siguiente fué con sus hermanos a la sastrería y les compró trajes nuevos.

Luego regresaron todos a casa. Mulligan les dijo:

—Queridos, ninguno de vosotros ha ido a la escuela desde que murió mamá... Así es que tendréis que hacer en cinco años el trabajo de diez.

Los jóvenes, dispuestos a estudiar, se rascaron la cabeza.

—Ya veis que tenemos dinero, pero no tanto como quisiera—siguió diciendo Mulligan—. Como que no he podido sacarle al abuelo todo lo que yo quería, os he traído un profesor para que os haga estudiar. Con él iréis a la ciudad.

No tardó en llegar el profesor y aquel mismo

día los tres jóvenes y el maestro emprendieron la marcha a la capital.

Mulligan puso en manos de su profesor tres centenares de dólares y le dijo:

—Con esto habrá por ahora bastante... Cuando necesite más dinero, yo sé dónde conseguirlo.

Y cuando partieron los tres hermanos, Mulligan sonrió triunfalmente. Comenzaba a realizar la primera parte del plan... Ahora era necesario preocuparse, con el dinero que le quedaba, de su propio porvenir.

Había que comenzar a construir el barco.

* * *

Y en varias semanas, el joven Mulligan fué construyendo rápidamente el que llamó barco de sus ensueños.

Con febril actividad contruyó la embarcación esbelta y grácil, a la que puso el nombre de Ana.

El dinero que había robado le servía para adquirir material y pagar los jornales de los obreros que le ayudaban.

Durante aquel tiempo de trabajo, Mulligan no había vuelto a ver a la novia de su alma. Pero una tarde recibió la visita de ella.

—Mi padre me envía a Europa para separarnos, Mulligan... Y he querido venir a verte antes de marcharme.

—¡Ana!

La acaricio lleno de repentina tristeza por su viaje.

—¡Oh, Mulligan! ¿Es este nuestro barco de ensueño para los dos solos?

—Sí... adorada, sí... Y suceda lo que suceda... te esperaré siempre.

—Te juro que nada me hará olvidarte... Mi padre se equivoca si piensa casarme con otro. Sólo tuyo es mi corazón.

Se besaron tiernamente y se despidieron con lágrimas... pero sin entregarse a la desesperación, pues sus almas se juraban mantenerse fieles a través de la distancia y de los embates de la vida.

Y pasó tiempo...

Los meses se convirtieron en años... Una joven tímida se hizo mujer en las grandes ciudades europeas... Y un piloto misterioso, en la bahía de Chesapeake adquirió fama...

Y en una ciudad vecina tres hermanos de una familia que fué despreciada y despreciable, seguían cursando con gran aprovechamiento en la Universidad.

Al cabo de mucho luchar, los tres hermanos estaban a punto de alcanzar sus títulos y se sentían contentos de la nueva vida que habían emprendido y de las rutas luminosas que les brindaba el porvenir.

Un día se reunieron con Mulligan, a quien dijeron:

—Cuando vuelvas a ver al abuelo, le dirás que apreciamos inmensamente lo que ha hecho por nosotros.

—Así lo haré!—respondió sombríamente.

Y acordóse en aquel instante del dinero robado para adquirir el barco, punto inicial de su bienestar, puesto que ahora con lo que sacaba de sus viajes marítimos, tenía para seguir sosteniendo los estudios de sus hermanos...

Un día se enteró Mulligan por la prensa de que había muerto en Europa el señor Lee.

Al cabo de un mes recibió una carta de Ana participándole el fallecimiento de su padre y diciéndole que en breve regresaría a América.

Entonces tomó una resolución inquebrantable.

Y una mañana, Mulligan recibió la visita de aquella novia que constituía su más pura veneración.

La joven saltó de contento al ver el hermoso barco.

—¡Qué bonito es mi barco de ensueño!—dijo. —Te quiero más que nunca, Mulligan!

—¡Y yo a ti, Ana! Ya ves como te he esperado...

—¿Quieres que sea yo el piloto de tu barco? El la miró con tristeza. Bajó los ojos.

Ana, contemplando de nuevo las líneas finas de la nave, dijo:

—¡Qué hermosa obra has hecho, bien mío!

—Sí, muy hermosa obra... Me han dado un buen precio por mi barco—respondió con nerviosidad.

—¿Quieres decir?

—Lo he vendido!

—¡Oh!—dijo ella, alarmada. —No puede ser... no puede ser! —Tú me engañas, Mulligan!

—Tenía deudas que pagar!

—Por qué no me habías dicho nada?

—Por no alarmarte... Escúchame, Ana... La primera vez que te dije que había obtenido dinero de mi abuelo, te engañé. Hacía tiempo que había muerto.

—Dios mío! Entonces...

—Prometí una carrera a cada uno de mis her-

manos y he tenido que robar para pagar sus estudios.

—¡No... no es verdad!—exclamó, angustiada.

—Y he tenido que vender mi barco para devolver ese dinero... No podía presentarme delante de ti con el peso del delito sobre mi conciencia.



—Tú no eres un ladrón, Mulligan!

La joven, sufriendo dolorosamente ante tan amarga revelación, gimió:

—Tú no eres un ladrón, Mulligan!... Ladrón es el que roba por provecho.

—De todos modos soy un miserable...

En aquel instante aparecieron dos agentes de policía que acababan de saltar al barco.

—Mulligan Talbot, ¡dese preso!

—¡No se lo lleven... no se lo lleven!... ¡El es inocente!—suplicó la muchacha.

Pero Mulligan, después de dar un beso desesperado a su novia, se dejó conducir.

—¡Es inocente!—seguía repitiendo ella.

—Señorita, cuando Mulligan devolvió el dinero, se delató a sí mismo—dijo uno de los policías.

Y abandonaron el barco...

Y Ana quedó paseando como una loca por aquel buque que debía cobijar sus ensueños y era ahora como tumba de sus ilusiones.

* * *

Semanas después se vió la causa contra Mulligan Talbot. Había una expectación profunda. La gente se aglomeraba en la gran sala, ávida de presenciar los incidentes de la vista. Transeuda de dolor Ana se hallaba entre la multitud.

Serenamente, Mulligan asistía a la acusación de que era objeto por parte del ministerio fiscal.

La cosa estaba clara, según la acusación. El procesado había robado el dinero de uno de los barcos. Después de aquel delito, Mulligan había pagado los estudios de sus hermanos, había construido su barco... Es decir, pasó de la escasez a la abundancia.

Además, la devolución del dinero robado al capitán del buque era una prueba formidable. Había enviado aquellos centenares de dólares con una simple nota: "Deuda pagada" ¿No era esto echarse tierra encima?

Entre los testigos figuraba el capitán roba-

do. Pusieron un paño sobre los ojos de Mulligan, y el capitán reconoció entonces en el preso al hombre que le había robado. Exactamente el mismo tipo que el ladrón.

Las pruebas eran abrumadoras.

—No cabe la menor duda acerca de la culpabilidad del acusado, para quien pido veinte años de presidio—decía el fiscal.

Mulligan guardaba silencio, sin intentar defenderse. ¿Para qué? En su fuero interno se reconocía culpable.

El defensor pronunció un discurso de circunstancias en el que intentó difícilmente llevar á los ánimos del Tribunal el convencimiento de que Mulligan era inocente.

Cuando acabó su discurso, de poca consistencia y valor, una mujer se puso en pie y avanzó hacia el estrado presidencial.

El procesado la contempló con emoción.

Era Ana, que no había podido acallar los impulsos de su corazón y de su amor por Mulligan. Ella bien sabía que su novio no era un ladrón vulgar...

—¡Déjeme que declare en favor del acusado!... —dijo—. Hasta ahora nadie ha declarado la verdad.

—¡Sea! ¡Tómenle juramento!

Realizada esta ceremonia, el presidente preguntó:

—¿Conoce usted al acusado?

—Sí... le conozco!... Hace seis años que somos novios... y hemos pensado casarnos.

Mulligan la miraba anhelante, con profundo amor... ¡Ah, divina mujer! ¿Por qué quería sal-

varle del lodo? ¡Aquel bello esfuerzo era inútil!

—¿Será posible que este Tribunal preste oídos á la novela romántica de esta joven con un ladrón vulgar?—dijo el fiscal.

Pero Ana, ante la expectación general, continuó defendiendo a su novio:

—Sí, es cierto que el acusado robó, pero yo diré por qué robo... Mulligan lo arriesgó todo, incluso la libertad y la vida, por sus hermanos... Prometió obtener de su abuelo el dinero para pagar los estudios de sus hermanos, pero como el abuelo había muerto, tuvo que cumplir su promesa robando. ¡Ah! ¿Por qué no han venido aquí esos hombres a hablar en defensa de su hermano?

—El acusado se ha negado rotundamente a que llamase a sus hermanos— contestó el defensor—. Ellos desconocen lo que ocurre.

—Ah, ya comprendo!... Mulligan Talbot no es de los que se humillan pidiendo ayuda a nadie... Sus hermanos ignoran el sacrificio que hizo por ellos... Ellos son hoy hombres de estudio, de valía... Ellos fueron los que se aprovecharon, mientras que Mulligan lo perdió todo... Lo único que Mulligan poseía era su barco, que construyó para mí... Y ese barco lo vendió para devolver el dinero que había robado... Si se condena a presidio a un hombre que lo dió todo por el bien ajeno, es que no hay justicia en el mundo.

Calló... Estalló una gran salva de aplausos. El público se inclinaba generosamente ante aquellos razonamientos. Mulligan dirigió una tiernísima mirada a su novia.

—Mañana a las diez de la mañana el Tribunal dictará sentencia — dijo el presidente —. ¡Despejen!

Suspendida la vista, Ana corrió a estrecharse entre los brazos de su amado y le dijo:

—¡Suceda lo que suceda, te amo, Mulligan, te amo!

—¡Ana de mi corazón!

Pero la policía les separó y el desdichado fué de nuevo recluido en la cárcel, mientras Ana juraba seguir laborando por él hasta la muerte.

* * *

Y aquella misma noche Ana envió un telegrama a la Universidad vecina, comunicando a los hermanos Talbot que Mulligan estaba en la cárcel, acusado de robo. Les rogaba que vinieran a salvarle.

Los jóvenes quedaron asombrados al conocer la noticia. La idea de que su hermano había robado y estaba procesado, les causó una impresión indescriptible.

El telegrama agregaba que al día siguiente se dictaría sentencia contra Mulligan. No decía más.

Los Talbot comprendieron que no podían perder tiempo. Era preciso libertar a Mulligan. Jamás un Talbot iría a presidio.

Y se dirigieron aquella madrugada a la cárcel, consiguiendo sobornar a uno de los guardianes.

Escalaron la prisión y pusieron en libertad a Mulligan... Inmediatamente corrieron los cu-

tro hacia el muelle, donde antes de subir a una barca que debía conducirles lejos, Guillermo, que vestía ya ahora el hábito sacerdotal, dijo a Mulligan con voz amenazadora, indignado por lo que creía vil conducta de su hermano y sin conocer la verdadera causa de ello:

—Cuando yo era un borracho perdido, me diste una lección que me hizo un provecho inmenso... Esta noche yo haré lo mismo contigo, y Dios quiera que la lección que voy a darte te haga el mismo daño que a mí me hizo la tuya... Pero en mi familia no debe haber un ladrón, y tú nos has deshonrado.

Y de un formidable puñetazo, lo derribó en tierra.

Mulligan no se quejó, ni intentó hablar diciendo que si había robado era para darles instrucción... Guardó un silencio abnegado y heroico.

Pero en aquel instante apareció Ana Lee, quien estrechó contra su corazón a su novio, y luego dijo a los hermanos de éste:

—Mulligan ha sufrido ya bastante por vuestra culpa... Ya es hora de que sepáis la verdad.

—¡Calla, calla! —dijo Mulligan.

—No puedo tolerar que siga tu sacrificio...

Y explicó toda aquella odisea y el por qué Mulligan había robado... ¡Por ellos... por ellos!...

Y oyéndola los tres hermanos universitarios se echaron a llorar y abrazaron fuertemente al hermano mayor, pidiéndole perdón por el descocimiento de la verdad y por la cruel manera con que le habían tratado.

Hermano bueno... ¡Pensar que todo se lo debían a él!

Y hablaron mucho... mucho...

¡Ah, era necesario que la inocencia de Mulligan quedase proclamada no sólo ante ellos, sino también ante todo el mundo!...

Y acordaron volver al Tribunal...

La vista se había reanudado. Un gran gentío esperaba el momento de dictar sentencia.

Constituída la presidencia, un empleado de la cárcel anunció ante la expectación general:

—Señor Presidente: El prisionero escapó durante la noche y ha sido imposible encontrarlo en parte alguna a pesar de las pesquisas que se han hecho.

Apenas había pronunciado estas palabras, aparecieron en el salón los cuatro hermanos Talbot, con Mulligan a la cabeza... Detrás de ellos iba Ana.

La presencia del procesado y de sus hermanos causó una gran emoción.

—¿Se nos permite declarar ante este Tribunal? —dijo Guillermo.

Concedida la autorización, el joven habló así:

—Anoche sacamos a nuestro hermano de la cárcel para darle por nuestras manos el merecido castigo por haber deshonrado el apellido de Talbot. Pero más tarde hemos descubierto que la causa de su prisión éramos nosotros mismos. Nuestro hermano robó por hacernos a nosotros respetables... Nuestro hermano robó, pero nosotros somos tan culpables como él por recibir géneros robados... Nuestro hermano convirtió a tres parias en hombres dignos de Dios y de sus semejantes... ¿Qué castigo exigirá el Tribunal por este crimen?

El alma popular fallaba ya en favor de Mulli-

gan, demostrándolo con las ovaciones con que acogió aquella declaración.

El Tribunal retiróse a deliberar...

Ana, junto a Mulligan, le murmuraba palabras de aliento. ¡Animo! Estaba segura de que le concederían la libertad.

Media hora después volvió el Tribunal a la mesa. Y el Presidente dijo:

—El fallo del Tribunal es condenatorio en todas sus partes... Sentenciamos al acusado a diez años de reclusión en la Penitenciaría del Estado...

Aquellas palabras produjeron feroz indignación, denuestos y silbidos. Mulligan hizo a Ana una mueca de amargura...

El Presidente, paseando su fría mirada por el auditorio, continuó:

—Pero como quiera que con su falta el acusado ha redimido el nombre de los Talbot, y toda vez que se ha hecho restitución completa, los fines de la justicia serán mejor servidos si se suspende la sentencia y se entrega al acusado a la custodia de la señorita Ana Lee...

Las protestas fueron sustituidas por las ovaciones...

Ana, loca de alegría, avanzó ante el presidente y extendió el brazo:

—¡Prometo que Mulligan Talbot no escapará jamás de mi custodia! —dijo.

Y luego fué a acurrucarse en los brazos de su amado que, feliz por la terminación del proceso, recibía los apretones de manos de la ávida multitud.

Y algunos días después, Ana y Mulligan se

casaban... El joven quedaba condenado a "cadena perpetua", bajo la custodia de Ana...

—Mulligan—le dijo ella al salir de la iglesia—, ¿no sabes? He vuelto a comprar nuestro barco de ensueño... Sólo lo tripularemos tú y yo, y con él emprenderemos nuestro viaje de luna de miel...

—Adorada mía, ¿cómo te pagaré lo que has hecho por mí?—exclamó él, enternecido.

Y despidiéndose de sus hermanos, a los que él había hecho hombres aptos para la sociedad, subió con su esposa al barco de ensueño, y pronto emprendieron ruta al infinito mar, inmenso como el amor que encendía sus almas enamoradas.

FIN

Ha sido revisada por la Censura

GRAN ÉXITO DE

La Novela Frívola Cinematográfica

Regalo de Artísticas fotografías

Le interesa
30 cts.

La Novela de la Modistilla

Lujosa nueva colección de novelas, con postal regalo.

La Novela Americana Cinematográfica 30 cts.



De interés para todos,
especialmente para
los padres

Ediciones BISTAGNE pondrá muy en breve a la venta una publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Selecto

Su precio será de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

El mejor cuento del hogar!
15 céntimos!

El martes, día 9

de Octubre, se pondrá a la venta

La Novela Sentimental

*Bellísima colección de asuntos que
cautivarán al lector.*

Inmejorable presentación.

Colaboradores de calidad.

*Portadas formadas con las mejo-
res fotografías de las «estrellas»
del cine.*

Novedad insuperable, como de

Ediciones BISTAGNE

*que no tiene rival en la presenta-
ción de sus publicaciones.*

Precio: 30 céntimos

EB